

Charla

Shalvador Bengoechea



Shalvador Bengoechea

LA ORDEN

—Escribe algo para RENTERIA.

—¿Yo? Y ¿sobre qué?

—Sobre un papel, naturalmente...

—No, sin chistes...

—Pues sobre lo que quieras; el tema dejamos a tu elección. No te será difícil escoger y desarrollarlo, cuando has colaborado en años anteriores en las revistas que aparecían por esta misma fecha. Así que, aplícate; para el sábado queremos tu trabajo terminado. ¡Adiós! Hasta entonces.

Y sin más explicaciones, ésta fué la forma en que me hicieron abrazar una obligación.

«¡Escribe algo! ¡Te lo mandamos nosotros!».

Nada, que ordenan y que no hay quien se resista.

«EL ALGO»

Meditando, y más meditando, encaminé mis pasos por nuestra calle Viteri. ¡Algo saldría mientras andaba! ¡Y salió! ¡Ya lo creo que salió! Fué mi amigo Shalvador Bengoechea que abandonaba en aquel instante, crítico para mí por sus consecuencias al final de la semana, la zapatería de su padre.

¡Eureka!, debí de gritar. ¡Ya está! ¡Sobre éste escribo!

—Pero, hombre, ¿qué dices? ¿Me has tomado acaso por un pupitre escolar?

—Cállate y obedece. Vamos al Bar Isidro, al vuestro, y allí comprenderás mi situación y lo que quiero.

EL ACORDEONISTA

Te presento, lector, al amigo Shalvador. Si el fotógrafo no ha exagerado (y no lo ha hecho) no es ningún peso «pluma». Su edad, 23 años, y oficio, zapatero, con incrustaciones de «barman», músico, acordeonista, que es lo que nos interesa. Hablaremos de éste, del acordeonista. Se resiste, pero como soy pelma, puedo más que él y le venzo. Oigámosle.

—¿...?

—Desde muy chaval me ha gustado extraordinariamente la música y muy joven todavía aprendí a ejecutar en varios instrumentos. El año 1930 tuvo lugar en San Sebastián un concurso de acordeonistas, y de esa época data mi predilección por el acordeón.

—¿...?

—Tanto influyó en mi ánimo la audición de San Sebastián que seguida-

mente traté de hacerme con un acordeón. Era algo atrevida la empresa, pues quería dar una sorpresa a mis padres; pero, como más hace el que quiere que el que puede, al fin tuve acordeón y comencé a ir a unas clases particulares en la capital. Al cabo de algunos meses interpretaba bastantes composiciones, y tanto me alentaron, que muy ilusionado proseguí mis estudios. Al poco tomaba parte—la primera vez—en un concurso que se celebró en Hernani, donde, apesar de presentarse buenos ejecutantes, obtuve un puesto honroso.

—¿...?

—Sí, cada vez con mayor entusiasmo y bríos, concursé en Vergara, Irún y Rentería.

(Y añadido yo: siendo muy aplaudido y felicitado, pues se advertía que Shalvador adelantaba mucho, ejecutando obras de difícil interpretación).

—¿...?

—Durante mi permanencia en el ejército, he tenido oportunidad de actuar en Vitoria, Logroño, Zaragoza, Barcelona, Bilbao, Madrid, etc., y, luego, llamado por amigos y conocidos de algunas de las ciudades mencionadas, he tenido que coger mi acordeón y pasar varios días con ellos.

—¿...?

—Al principio, el acordeón fué para mi mero entretenimiento, pero hoy ya es distinta la cosa. Comencé a ser llamado a muchos pueblos, quien para una despedida de soltero, quien para una boda o jira campestre, y ya vinieron las compensaciones económicas. Cuando no es esto, tengo bastante trabajo en sentarme en el bar de casa, y complacer a los clientes y amigos que nos favorecen.

—¿...?

—Fráncamente, no me gusta ejecutar al aire libre. Puede hacerse cuando se trata de música ligera, bailables en los que sólo interesa guardar el compás de la pieza, pero, fuera de eso, la obra pierde mucho, pues no la capta el auditorio como en un lugar cerrado.

—¿...?

—¿Anécdotas? Muchas. Pero la más graciosa fué la que me ocurrió en un pueblo de la provincia de Huesca. Tocaba yo en la fonda donde me hospedaba y, entre otras obras, ejecuté una jota aragonesa. Tal fué la emoción del dueño de la casa al escuchar la jota interpretada en acordeón (que él consideraba imposible no siendo con bandurria y guitarra) que corrió hacia mí y comenzó a darme abrazos. Desde entonces, cada vez que viene a San Sebastián, y es con frecuencia, se acerca a comer a nuestro restaurante con el exclusivo fin de escucharme, particularmente la jota aragonesa. Y dice que no sabe qué le gusta más: si comer las «cashuelas» que prepara la señora Enriqueta, o escuchar el sitio de Zaragoza en acordeón.

—¿...?

—Sí, pienso pasar bien las «magdalenas». Alternaré el mostrador con el acordeón. El cliente quiere ambas satisfacciones y yo se las daré abundantemente.

FINAL

He cumplido mi compromiso. Ya he escrito «algo» para RENTERIA y «sobre» alguien que es muy popular en nuestra villa: Shalvador Bengoechea,

El puede ser que me tire con el acordeón a la cabeza; pero yo siento la satisfacción del deber cumplido.

RE-LA-MI-DO